





pues no tiene espectadores, y los actores mismos, por un placer mínimo y de índole por completo negativa, tienen que soportar dolores infinitos.

Pasemos ahora al examen de lo que sucede en la especie humana. Aquí la cuestión se complica y reviste serio aspecto, pero el carácter principal sigue siendo el mismo. También aquí se presenta la vida, no como un obsequio de que pueda gozarse, sino como una tarea, como un *pensum* que hay que cumplir. Por consiguiente, lo que aquí encontramos también en grande y en pequeño, es miseria en todas partes, fatiga incesante, tumulto perpetuo, eterna lucha, agitación forzada, todo ello unido á los esfuerzos más estremados del cuerpo y del espíritu. Millones de hombres agrupados en naciones aspiran al bien común; cada individuo aspira también al suyo particular, pero esto se consigue á costa de millares de víctimas. Unas veces insensatas quimeras, otras veces sutilezas políticas, impulsan á los hombres á hacerse la guerra; forzoso es entonces, que el sudor y la sangre de las poblaciones corran á ríos, para realizar los caprichos ó expiar las faltas de los individuos. Cuando reina la paz, la industria y el comercio prosperan, se hacen descubrimientos maravillosos, los navíos surcan en todos sentidos los mares, se corre hasta los confines del mundo para buscar regalos de todas clases, y las olas se tragan á millares de hombres. Todos se agitan, los unos con el pensamiento, los otros con la acción; el tumulto es indescriptible pero, ¿cuál es el resultado final? Es permitir á criaturas efímeras y atormentadas vivir un breve instante, á lo sumo, y en el caso más favorable, en el seno de una miseria soportable y en condiciones relativas de bienestar, que entonces se trueca en aburrimiento, y luego hacerles

perpetuar su especie, para que ésta comience el mismo trabajo.

Desde este punto de vista, dada la desproporción entre el trabajo y la recompensa, la voluntad de vivir, mirada objetivamente, nos parece una tontería. Considerada subjetivamente, es una ilusión que alucina á toda criatura y que la lleva á consumir sus fuerzas, persiguiendo un resultado que no tiene valor alguno. Pero después de más maduro examen, veremos que se trata de un impulso ciego, de una inclinación sin fin ni razón.

En efecto; la ley de motivación, según he demostrado en el § 29 del primer volumen, se aplica á los actos aislados pero no *al querer en general y en su totalidad*. Esto hace que el movimiento de la humanidad, tomado en conjunto y en general, no presente, como cuando contemplamos sus acciones aisladas la apariencia de un juego de marionetas movidas por hilos exteriores como las marionetas ordinarias, sino por un mecanismo interior. Comparando, como antes lo hemos hecho, la actividad incesante, seria, penosa del hombre, con lo que de ella saca ó podrá sacar, hallamos, por la desproporción que resulta, que el resultado perseguido es absolutamente insuficiente como fuerza motriz, para explicar todo ese movimiento y todo ese tumulto sin fin. ¿Qué es un breve retraso de la muerte? ¿Qué es un débil alivio de la miseria humana, un corto aplacamiento del dolor, ó una satisfacción momentánea del deseo junto al triunfo, y la segura victoria de la muerte? ¿Pueden ser tan exiguas ventajas las causas reales que ponen en movimiento á toda la especie humana, innumerable porque se renueva sin cesar, y á la cual vemos correr, agitarse, empujarse, atormentarse, moverse convulsivamente, re-



presentar sin punto de reposo la tragicomedia de la historia del mundo, y lo que es más que todo eso, soportar la ironía de una existencia que los hombres se esfuerzan todavía en prolongar todo lo posible?

Evidentemente, esto es inexplicable, si buscamos las causas motrices fuera de los personajes, y nos imaginamos que á consecuencia de meditaciones razonadas ó de cualquier otro medio análogo (en concepto de hilos motores) corren los hombres en pos de bienes cuya posesión no es recompensa proporcionada con los tormentos y trabajos que cuestan. Si efectivamente la razón pudiese hacerse oír en este negocio, hace mucho tiempo que los hombres habrían reconocido que el bollo no vale el coscorrón, y habrían abandonado la partida. Mas, por el contrario, cada cual conserva y defiende su vida como si fuera un precioso depósito de que tuviera que responder, y la vida se consume entre los cuidados y tormentos que cuesta conservarla. Ignora el ¿por qué? y el ¿para qué?; la recompensa no la conoce; ha admitido á ojos cerrados y bajo palabra, que el premio tiene un gran valor, mas ignora en qué consiste.

Por eso decía yo hace poco que las marionetas estas no estaban movidas por hilos exteriores, sino por un mecanismo interior. Este mecanismo, este rodaje infatigable es la voluntad de vivir, impulso irreflexivo que no tiene su razón suficiente en el mundo exterior. Ella es quien impide á los hombres abandonar las tablas de la escena, ella es el *primum mobile* de sus movimientos. Los objetos exteriores, los motivos, no determinan más que la dirección en los casos individuales, sin lo cual la causa no sería proporcionada al efecto. Toda manifestación de una fuerza natural tiene alguna causa, pero la fuerza misma no la tiene; de igual

modo, todo acto aislado de la voluntad tiene un motivo, pero la voluntad carece de él; en el fondo los dos principios son idénticos. En toda cosa, la voluntad es el límite metafísico más allá del cual la observación no es posible. Esta cualidad primitiva y absoluta de la voluntad explica que el hombre ame sobre todas las cosas su existencia llena de miseria, de tormentos, de dolores, de angustias y á veces de hastío, existencia que si la contemplara y apreciara objetivamente debería ser para él un objeto de horror, cuando en realidad nada teme aquél tanto como ver llegar el término de ella, término que es la única cosa de que puede estar seguro (1).

Vemos con frecuencia á un ser enfermizo, raquítico y deformado por la edad, la miseria y las enfermedades, implorar con toda su alma nuestro socorro para prolongar una existencia cuyo término debería ser el objeto de todos sus anhelos, si el hombre estuviera guiado en este punto por un juicio objetivo. En vez de esto, la voluntad ciega es quien le determina bajo la forma de deseo de vivir, de alegría de vivir, de valor de vivir; es un principio idéntico al que hace crecer la planta. El valor de vivir puede compararse á una cuerda tendida por encima de la escena del mundo y de la cual están suspendidas las marionetas por hilos invisibles, mientras que sus pies, sólo en apariencia tocan el tablado (valor objetivo de la vida). Si la cuerda cede, la marioneta baja; si se rompiera un día, la marioneta caería, pues el piso no la sostiene más que en apariencia. En otros términos, la relajación del valor de vivir trae la hipocondría, el *spleen*. Su ago-

(1) Véase San Agustín, *De Civitate Dei*, libro XI, cap. 27, como comentario interesante de lo expuesto.



tamiento produce la inclinación al suicidio, al cual se entrega entonces el hombre por el motivo más insignificante, á veces por un motivo imaginario, como si se buscara camorra á sí mismo para matarse, como otros la buscan á un tercero y hasta se da el caso de matarse sin motivo alguno. (Esquirol, *Des Maladies mentales*, 1838).

El mismo móvil que impulsa al hombre á soportar la vida, le lleva también á agitarse y moverse para vivir. No se mueve por su propio impulso; cada cual descansaría por su gusto, mas la necesidad y el aburrimiento son las cuerdas que ponen al peón en movimiento. Todo esto, así en su conjunto como en los pormenores, lleva el sello de la coacción: el individuo, perezoso en el fondo y suspirando por el reposo, pero obligado á avanzar, se asemeja al planeta en que habita, al cual la fuerza que le impulsa hacia adelante es lo único que le impide caer sobre el sol.

Todo se encuentra, pues, en un estado de tensión perpetua y de movimiento forzado, y la marcha del mundo se efectúa, hablando como Aristóteles, *motu non naturali, sed violento*. Los hombres no son atraídos más que en apariencia, pues en realidad son empujados; no les atrae la existencia sino que la necesidad les espolea. La ley de motivación, como toda causalidad, es una pura forma del fenómeno. Dicho sea de pasada, este es el origen del lado cómico, burlesco, grotesco y caricaturesco de la vida, pues cuando los individuos son empujados por detrás contra su voluntad, gesticulan y se mueven como pueden y la confusión que resulta ofrece un aspecto de los más grotescos; mas no por eso son menos serios los dolores de la vida.

De todas estas consideraciones se desprende clara-

mente que la voluntad de vivir no es una consecuencia del conocimiento de la vida, no es, en cierto modo, una *conclusio ex praemissis*, ni nada secundario. Es, por el contrario, lo primitivo y lo absoluto, la premisa de las premisas, que debe por esta misma razón servir de punto de partida á la filosofía, pues la voluntad de vivir no existe como una consecuencia del mundo, sino el mundo como una consecuencia de la voluntad de vivir.

Apenas necesito indicar que las consideraciones con que termina el segundo libro hacen presentir ya el tema grave de que trata el cuarto. Podríamos pasar á él desde luego, pero el plan arquitectónico de mi obra exige que antes nos detengamos en una segunda consideración del Mundo como representación, la cual formará el asunto, más risueño del tercer libro, cuya conclusión nos conducirá directamente al tema del cuarto.

FIN DEL VOLUMEN SEGUNDO